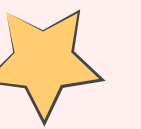


Las zapatillas rojas



Había una vez una pequeña niña llamada Karen. Ella y su madre eran muy pobres, tanto que la pobrecita no tenía zapatos, y tenía que andar siempre descalza. Viéndola siempre con sus pequeños pies lastimados, una zapatera del pueblo le hizo un par de zapatitos rojos, usando unos retales de tela roja. Los zapatitos no eran muy bonitos, pero siendo los únicos que tenía, Karen los llevaba siempre puestos.

Un día, la madre de Karen enfermó, y desafortunadamente al poco tiempo murió. La pobre niña, desconsolada, durante el funeral marchó detrás del pobre ataúd llevando los zapatos rojos, los únicos que tenía.



Mientras el cortejo se dirigía al cementerio, pasó por el camino un coche, en cuyo interior iba sentada una anciana mujer. La señora, al ver esta escena tan triste, sintió mucha pena por aquella niña triste con unos zapatos tan poco apropiados para un funeral.

Pidió al cochero que se detuviera, y habló con el sacerdote:

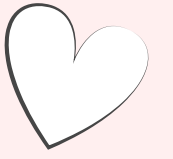
–Padre, quisiera adoptar a esta pobre niña. Yo también estoy sola en el mundo, y puedo darle el hogar y el cariño que necesita– le pidió

El sacerdote accedió, y después del funeral, Karen se marchó a vivir con la anciana.

Karen se convierte en una bella joven
La señora compró a Karen ropa y un nuevo par de zapatos, y los viejos y tristes zapatitos rojos

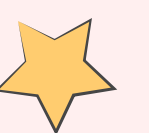
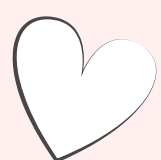


terminaron en la basura. Karen creció bajo el cuidado y el afecto de la amable anciana, hasta convertirse en una jovencita bella y algo caprichosa.



Sucedió que en aquellos días, los Reyes del país y su hija la Princesa estaban haciendo un viaje y pasaron por el pueblo de Karen. Todos los aldeanos, incluida Karen, se acercaron al palacio donde se alojaban para verles. La joven princesa se asomó al balcón para saludar a la gente, luciendo un sencillo vestido blanco y un par de hermosos y relucientes zapatos rojos de bailarina. Esas zapatillas rojas eran la cosa más elegante y preciosa que Karen había visto en su vida. No eran como esos horribles zapatos que debía usar cuando era pequeña, ¡estos eran únicos!

La joven se fue soñando con esas zapatillas, ¡ojalá pudiera tener algún día unas así!



Las zapatillas rojas

Llegó el día en que Karen debía recibir el sacramento de la confirmación. La joven y la anciana salieron para comprarle un vestido y unos zapatos a Karen, acordes a la ceremonia. Cuando llegaron a la tienda de zapatos, la joven vio en el escaparate unas zapatillas rojas iguales a las que llevaba la princesa aquel día. Karen no pudo contener la emoción:

-¡Mira, los zapatos rojos de la princesa!- exclamó -¡Quiero comprar estos!

Pero la señora se negó:



-Unos zapatos rojos no son apropiados para una ceremonia religiosa, y tampoco podrías ponértelos para otras ocasiones en las que debes ir bien vestida- le respondió -Compraremos unos zapatos negros.

Karen se molestó, y aprovechando que la anciana casi no veía, se probó las zapatillas y las compró, haciéndole creer que eran unos discretos zapatos negros.



El día de la confirmación llegó, y Karen se puso sus zapatillas rojas sin decir nada a la anciana. Todo el mundo en la iglesia miraba los pies de la

jovencita, que caminaba presumida como si estuviera en una pasarela de moda. Tanto estaba orgullosa y ocupada en sus zapatos, que no prestó ninguna atención a la ceremonia, ni a las palabras del sacerdote. Al salir de la iglesia, todo el mundo hablaba de los zapatos de Karen y de su actitud. Estas palabras llegaron a oídos de la anciana, que se sintió muy defraudada y le llamó la atención.

–¿Por qué te comportas de este modo? Me has engañado, comprando esas zapatillas rojas a pesar de que te dije que no lo hicieras. Desde ahora usarás tus viejos zapatos en ocasiones solemnes como esta- dijo disgustada.

Un misterioso soldado

Al poco tiempo, una persona allegada a la señora y a Karen falleció. La anciana y la joven se prepararon para asistir al funeral, vistiéndose de luto. Pero Karen, al ver sus zapatillas rojas en el armario, dudó un momento, y luego, sin poder resistir a la vanidad, se las puso y salió de casa junto con la señora.

Al llegar al funeral, las zapatillas rojas de Karen llamaron la atención de todo el mundo. Y de nuevo ella, presumida, desfiló entre las miradas de la gente satisfecha y ufana. Al salir, junto a la puerta estaba un viejo soldado con una muleta y una larga barba. El hombre se acercó a Karen y le dijo:

–Jovencita, ¡qué maravillosos zapatos! ¿Me permitirías verlos más de cerca?

Ella, sintiéndose alabada en su coquetería, levantó el



pie, mientras el soldado se inclinaba.



-¡Hermosos zapatos de baile!- exclamó el soldado -Procura que no se te suelten cuando dances- y al decir esto, tocó los zapatos con un dedo.

Karen y la anciana se marcharon, sin hacer mucho caso a aquel hombre extravagante.



Los zapatos danzarines

Por aquellos días la anciana cayó enferma de gravedad. Era necesario atenderla y cuidarla mucho, y no había nadie más próxima que Karen para hacerlo. Pero en la ciudad se daba un gran baile, y la muchacha estaba también invitada. Miró a la anciana, y se dijo que si salía por un rato nada podría suceder. Así que se calzó sus zapatillas rojas y se fue al baile.



Cuando entró al gran salón y escuchó la música, inmediatamente comenzó a bailar. Pero cuando quiso moverse hacia el centro de la sala, los zapatos, sin dejar de bailar, la llevaron hacia la puerta, luego por las calles, y finalmente más allá de los muros del pueblo. Quiso quitarse los zapatos, pero era imposible: ¡estaban pegados a sus pies! Así, sin poder dejar de bailar, siguió recorriendo campos y bosques, de día y de noche, sin un minuto de descanso.

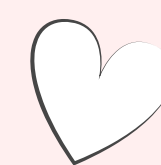
Pasaron los días, y la joven ya no podía más. No solo estaba exhausta y dolorida: sus pies sangraban, y su corazón también. Quería volver a su casa, pero los zapatos danzarines no se lo permitían. Con un último esfuerzo se tiró al suelo, y logró arrancarse los zapatos, ¡que siguieron bailando solos! Se puso de pie a mala pena, y reagueando, emprendió el regreso a casa. Los zapatos la siguieron, sin parar de bailar.



La lección de los zapatos



Finalmente llegó a casa rendida y lastimada, y la anciana señora la recibió con los brazos abiertos. La hizo entrar, le preparó algo de comer, y luego la llevó a la cama para que descansara. Al día siguiente, repuesta, Karen quiso salir de casa para ir al mercado. Pero cuando abrió la puerta, ¡los zapatos danzarines estaban allí y no la dejaban salir!. Cerró la puerta



asustada y decidió no salir de casa por unos días.



Pero al poco tiempo, aburrida, quiso salir para ir ver a una amiga. Abrió la puerta, ¡y allí estaban los zapatos! Corrió hacia la puerta trasera, la abrió para escapar, ¡y las zapatillas rojas estaban ya esperándola! Pensó que podría salir por una ventana, pero fue imposible: las zapatillas danzadoras se movía como locas a sus pies, sin dejarle dar ni un paso. Karen se echó a llorar desconsolada, pensando por qué esas zapatillas eran tan malas con ella.



Pero entonces comprendió: ¡todo era su culpa! Su vanidad la había enceguecido, sin dejarle ver qué era lo realmente importante. Entonces corrió hacia la cocina, donde estaba la anciana preparando la comida. Echándose a sus pies, le dijo:

–¡Perdóname por favor! Tu has sido una madre para mí y yo me he comportado de manera egoísta y desconsiderada- le dijo –Unos zapatos bonitos nunca serán más bellos que un corazón lleno de humildad y gratitud.

La señora la abrazó sonriendo y le dijo que no se preocupara, que todo estaba olvidado. Karen le contó sobre las zapatillas rojas que no la dejaban en paz, y juntas fueron hacia la puerta para ver qué se podía hacer. Al

abrir la puerta se llevaron una gran sorpresa, porque allí de pie frente a ellas, estaba el viejo soldado de las muletas. A su lado, las locas zapatillas seguían bailando. El soldado sonrió, se inclinó hacia las zapatillas y dijo:

-¡Hermosos zapatos de baile! ¡es hora de dejar de bailar!- y al decir esto, tocó los zapatos con un dedo.



Las zapatillas rojas se detuvieron al instante, y el soldado se fue sin decir una palabra. Karen decidió meter las zapatillas en una caja de cristal y ponerlas sobre su mesilla de noche. De este modo le recordarían cada día la importante lección que había aprendido.



La Ciudad sin colores

Cuando la pequeña Violeta se levantó aquella mañana comprobó con terror que su habitación se había quedado sin colores. Las paredes ya no eran amarillas sino blancas, su colcha azul se había vuelto grisácea y todos los libros de su estantería eran una triste y borrosa mancha oscura.

– ¿Qué ha pasado en esta habitación? – se preguntó la niña comprobando con alivio que su pelo seguía naranja como una zanahoria y que su pijama aún era de cuadraditos verdes.

Violeta miró por la ventana y observó horrorizada que no solo su habitación, ¡toda la ciudad se había vuelto gris y fea! Dispuesta a saber qué había ocurrido, Violeta se vistió con su vestido favorito, ese que estaba lleno de flores, cogió su mochila de rayas, se puso sus zapatos morados y se marchó a la calle.

Al poco tiempo de salir de su casa se encontró con un viejito oscuro como la noche sacando a un perro tan blanco que se confundía con la nada. Decidió preguntarle si sabía algo de por qué los colores se habían marchado de la ciudad.



– Pues está claro. La gente está triste y en un mundo triste no hay lugar para los colores.

Y se marchó con su oscuridad y su tristeza. Violeta se quedó pensando en lo que había dicho el viejo, ¿sería verdad aquello? Pero no tuvo tiempo de hallar una respuesta porque, de repente, una mujer gris que arrastraba un carrito emborronado se chocó con ella. Después de pedir disculpas, Violeta decidió preguntarle sobre la tristeza del mundo.

– Pues está claro. La gente está triste porque nos hemos quedado sin colores.

– Pero si son los colores los que se han marchado por la tristeza del mundo...

La mujer se encogió de hombros con cara de no entender nada y siguió caminando. Violeta entró en el parque que había cerca y descubrió con enfado que hasta los árboles y las flores se habían quedado sin colores. En ese momento, una ardilla descolorida pasó por ahí.

– Ardilla, ¿sabes dónde están los colores? Hay quien dice que se han marchado porque el mundo está triste, pero hay otros que dicen que es el mundo el que se ha vuelto triste por la ausencia de colores.

La ardilla descolorida dejó de comer su castaña blanquecina, miró con curiosidad a Violeta y exclamó:

– Sin colores no hay alegría y sin alegría no hay colores. Busca la alegría y encontrarás los colores. Busca los colores y encontrarás la alegría.

Violeta se quedó pensativa durante un instante. ¡Qué cosa extraordinaria acababa de decir aquella inteligente ardilla descolorida!

La niña, cada vez más decidida a recuperar la alegría y los colores, decidió visitar a su abuelo Filomeno. El abuelo Filomeno era un pintor aficionado y también la persona más alegre que Violeta había conocido

jamás. Como ella, el abuelo Filomeno tenía el pelo de su barba tan naranja como una zanahoria y una sonrisa tan grande y rosada como una rodaja de sandía. ¡Seguro que él sabía como arreglar aquel desastre!

En casa del abuelo Filomeno los colores no se habían marchado, ¿cómo iban a marcharse de aquella casa llena de alegría? Violeta tuvo que explicarle todo lo que había ocurrido porque no se había enterado de nada.

– ¡Qué se han marchado los colores! Pero eso es gravísimo, ¡tenemos que hacer algo!

Y después de zamparse un montón de golosinas (el abuelo Filomeno decía que eran malas para los dientes pero buenas para la felicidad), Violeta y su abuelo salieron a la calle con su maleta de pinturas.

– Vamos a pintar la alegría con nuestros colores – le explicó el abuelo Filomeno.

– Pero eso, ¿cómo se hace?

– Muy fácil, Violeta. Piensa en algo que te haga feliz...

– Jugar a la pelota en un campo de girasoles.

– Perfecto, pues vamos a ello...

Violeta y el abuelo Filomeno pintaron sobre las paredes grises del colegio un precioso campo de girasoles. Un policía incoloro que pasaba por allí quiso llamarles la atención, pero el abuelo Filomeno con su sonrisa de sandía le preguntó alegremente:

– Señor Policía, cuéntenos algo que le haga feliz...

– ¿Feliz? Un sofá cómodo junto a una chimenea donde leer una buena novela policiaca.



Y fue así como Violeta, el abuelo Filomeno y aquel policía incoloro se pusieron a pintar una enorme chimenea con una butaca de cuadros. Cuando estaban terminando, una mujer muy estirada y sin una pizca de color se acercó a ellos con cara de malas pulgas, pero el abuelo Filomeno con su sonrisa de sandía le preguntó alegremente:

- Descolorida señora, díganos algo que le haga muy feliz...
- ¿Feliz? ¿En estos tiempos grises? Déjeme que piense...una pastelería llena de buñuelos de chocolate.

Y fue así como Violeta, el abuelo Filomeno, el policía incoloro y la mujer estirada sin una pizca de color comenzaron a pintar una colorida pastelería.

Poco a poco, todos los habitantes de la ciudad fueron uniéndose a aquel grupo y llenando la ciudad de murales llenos de cosas maravillosas, que a todos ellos les hacían muy feliz. Cuando acabaron, la ciudad entera se había llenado de colores. Todos sonreían alegres ante aquellas paredes repletas de naranjas brillantes, azules marinos y verdes intensos. Volvían a ser felices y volvían de nuevo a llenarse de colores.

Terminada la aventura, el abuelo Filomeno acompañó a Violeta a su casa. Pero cuando iban ya a despedirse, a Violeta le entró una duda muy grande:

- Abuelo, ¿y si los colores vuelven a marcharse un día?
- Si se marchan tendremos que volver a sonreír. Solo así conseguiremos que regresen...

Y con su sonrisa de sandía, el abuelo Filomeno se dio media vuelta y continuó su camino a casa.



La niña que no sabía reír

Siempre hay cosas que uno, por más que se empeñe, es incapaz de hacer. Julito el hijo de doña Leonor no podía guiñar el ojo. Trataba de hacerlo pero cerraba siempre los dos a la vez. Sonia, la hermana mayor de Santi, no conseguía aprender a hacer el pino. ¡Anda que no se había pegado tortazos intentando imitar a sus amigas! Malena, la frutera del barrio, no podía pronunciar la erre, y Matías, el abuelo de Jaime, no conseguía jamás acabar una frase.

Pero a nadie parecía importarle aquello. No guiñar un ojo, no poder hacer el pino, no pronunciar la erre o enmarañarse siempre en frases infinitas, eran cosas con las que uno podía vivir tranquilamente. Sin embargo, lo que Tina era incapaz de hacer preocupaba mucho a sus padres, porque Tina, no sabía reír.

La habían llevado a psicólogos, médicos, pedagogos y hasta curanderos pero nadie parecía saber porque Tina no podía reír. Su madre estaba preocupadísima:

– Pero Tina, hija mía, ¿es que acaso no eres feliz?

Pero aquello no tenía nada que ver con la felicidad. Tina no estaba triste, ni se sentía desgraciada, simplemente no sabía reír. Y eso, a pesar de que había muchas cosas en el vecindario que le hacían gracia:

- 1.- Ver al pobre Julito tratando de guiñarle un ojo con picardía.
- 2.- Hacer el pino al lado de Sonia y verla caer inevitablemente cuando intentaba imitarla.



3.- Escuchar a Malena decir: ¿entonces, quieres una gamita de gomero, un gepollo y un kilo de gábanos?

4.- Tratar de seguir las conversaciones absurdas del abuelo Matías.

Le hacían gracia, mucha, pero no se reía y entonces todos pensaban que era una niña aburrida, que nada le gustaba, que no era feliz. Y aquello sí que le ponía triste...



Hasta que un día, conoció a Miki. Como Julito, Malena, Sonia, Matías y ella misma, él tampoco era capaz de hacer algo. No podía hablar con la voz, aunque sí con las manos. Pero como nadie le entendía siempre llevaba una libreta consigo donde escribía lo que quería decir:

– ¿Por qué no dibujas tus risas y haces como yo, sacarlas cada vez que algo te parezca gracioso? – le escribió un día en su libreta.

A Tina aquella idea le pareció genial. Llegó corriendo a casa y cogió todos los rotuladores que tenía. Pintó una risita nerviosa. Pitó una carcajada tronchante. Pintó una sonrisa amable. Pintó una risotada gamberra y así hasta doce dibujos distintos que describían cada uno de los momentos de risa que Tina sentía, aunque no pudiera expresar.

Aquella misma tarde salió a contárselo a Julito, quien, entusiasmado con la idea, trató de guiñarle un ojo. Al verle hacer aquellas muecas, Tina sacó su dibujo de risa cómplice.

Luego se encontró con el Abuelo Matías, y juntos se rieron con el dibujo de la risa contagiosa.

A Malena, sin embargo, no le gustó la sonrisa pícaro de Tina, y Sonia se enfadó al ver su tarjeta de muerta de la risa.

– Me temo que más de una vez, hay que aguantarse la risa – pensó Tina.

Pero reírse por dentro no era un problema para ella. Llevaba años haciéndolo...

